

Las Independencias Hispanoamericanas

En 1808 los ejércitos de Napoleón invadieron a España, atravesando su territorio, para castigar a Portugal porque no se sumó al bloqueo continental al comercio británico. Carlos IV, el rey español, se alió a los franceses esperando que le tocara un trozo de la vecina nación lusitana. Terminó siendo su rehén junto con la reina María Luisa y el hijo Fernando, heredero del trono. Presos los monarcas e iniciada la guerra de independencia española para sacudirse el tentáculo galo, en las colonias se inició un movimiento político continental que llevó a la formación de Juntas, las cuales reasumieron la soberanía en ausencia de la corona. Las hubo en México, Buenos Aires, Quito y en otras ciudades del inmenso imperio hispánico, siguiendo antiguos usos políticos ibéricos, tan ricos en el llamado "juntismo". No proclamaron la independencia porque no se propusieron ese objetivo. De cualquier modo, sin que nadie pudiera evitarlo, estas iniciativas desembocarían tarde o temprano en la lucha por la separación de la metrópoli europea. Después de 1810 se generalizó una guerra implacable en la cual apuntaron nuevos propósitos, estos sí subvertidores del viejo orden. El 16 de septiembre de ese año, Miguel Hidalgo, un afrancesado cura pueblerino lector de Voltaire y Rousseau, convocó a una insurrección aparentemente contradictoria: se inició al grito de ¡Viva Fernando VIII!, pero tres meses después declaró abolidos la esclavitud y los tributos de los pueblos indios. En el virreinato del Río de la Plata, la contienda apareció como una pugna entre criollos y peninsulares por el control del poder. Igual sucedió en casi toda Sudamérica. La guerra de México, en cambio fue desde sus inicios el producto de un alzamiento popular, en el que se integraron indios, castas, esclavos, mestizos que laboraban en las minas o haciendas en condiciones infrahumanas y humillantes.

Por lo pronto, el único objetivo que aparecía con cierta claridad, era el de la necesidad de cambiar el orden existente: no podía continuarse con un sistema de privilegios, prohibiciones, discriminaciones, monopolios y trabas diversas que impedía el desarrollo de energías, talentos, actividades económicas. De inicio, nadie enarbolaba ningún programa o planteaba la unidad de propósitos, comprendiendo a los intereses de la mayoría. Los criollos deseaban ponerse en pie de igualdad con los peninsulares en el ejército, la burocracia, los cargos eclesiásticos, el comercio, la posesión de bienes materiales, pero, ¿que querían los demás? Al grueso de ellos les importaba un brete quién dominaba, pero sí sabían de las infames condiciones de una vida sin horizontes. Poner sus aspiraciones de emancipación en las banderas de las insurrecciones tardaría años.

Otro de los formidables obstáculos a enfrentar era el desmesurado poder material y espiritual de

la iglesia católica. Educados durante siglos en el fanatismo religioso, en los temores que desataban los castigos materiales y los divinos en el más allá, unos cuantos se atrevían a desafiar esta autoridad incuestionada. Quienes desobedecieron las prédicas, entre ellos todos los dirigentes independentistas o rebeldes, se cuidaron muy bien de proclamar su fe católica, tratando de esquivar el ataque eclesiástico. No lo consiguieron, pues salvo una pequeña minoría de curas, ubicados en los estratos bajos del clero, la jerarquía católica permaneció inmovible en su sitio. Desde allí lanzó excomuniones, anatemas y maldiciones a diestra y siniestra, ya individualizadas en contra de los líderes insurgentes, ya generalizadas en contra de quienes los apoyasen. Más intransigentes incluso que las autoridades de la monarquía, los tozudos jercas católicos siguieron condenando las independencias todavía décadas después de que aquéllas se consumaron.

Durante el primer lustro, poco más o menos, las guerras de independencia tomaron la forma de contiendas civiles. En la Nueva Granada, el ejército de Simón Bolívar ora fue combatido por los bravos llaneros -indígenas, mulatos y mestizos- ora los sumó a sus tropas. De las rupturas, emergió con variados ritmos y suerte en cada región o país futuro, la idea de fundar a las nuevas patrias. "Patriotas" comenzaron a llamarse los enemigos de la corona española, para cuya constitución abonaron en mucho las intransigencias hispanas, enfatizadas después de 1814. En ese año, Fernando VII terminó su dorada prisión en Francia y regresó para suprimir la Constitución liberal de Cádiz, expedida en 1812 y restaurar la monarquía absolutista, como si nada hubiera sucedido en el imperio: ni rebeliones populares en España, ni formación de miles de ayuntamientos desde el Nuevo México hasta la Patagonia, ni diputaciones electas, ni juntas, ni alzamientos masivos en las colonias, ni declaraciones o constituciones independentistas como la de Venezuela o la de Apatzingán. Lo apoyaron las cúpulas de siempre, pero la idea del monarca designado por Dios a través de la mediación del Papa, estaba herida de muerte. Resuelta esta primera cuestión, se concluyó que no había otra fuente de poder distinta a la del pueblo. De allí, a la convocatoria para instituir Estados independientes había un sólo paso y pequeño.

Servando de Teresa y Mier, lúcido casi siempre, alucinado a veces, navegando entre la utopía y la realidad, trazaba un proyecto para Hispanoamérica: una confederación basada en tres grandes estados, México, Perú y las provincias del Río de La Plata. Sueños similares alimentó Simón Bolívar. Durante dos siglos han asaltado con recurrencia a Latinoamérica, cuyos pueblos quizá los mantienen en el subconsciente. Tal vez una generación del futuro los vea realizados, tal vez...